

Reseñas

Fannie Brigham Ward, *Cruzando los Andes. Crónica de un viaje al Perú (1890-1891)*. Edición, traducción, introducción y notas de Carlos Arrizabalaga Lizárraga. Lima, Caja Negra, 2023, 333 pp.

Comencemos con una pregunta sobre el título de la obra para dialogar con la cronista y su traductor: ¿cuál es la razón que anima el viaje de Fannie Ward al Perú? Carlos Arrizabalaga nos brinda la respuesta: Ward «escribe para incentivar la curiosidad y el turismo: el periodismo tomaba el relevo para despertar en Estados Unidos el interés por conocer las regiones australes del hemisferio occidental y difundía las ideas de progreso y civilización en contraste con las poblaciones hispanoamericanas, según ella, apegadas a sus tradiciones» (p. 31).

Con esas crónicas publicadas en los periódicos *Salt Lake City* e *Evening Star* de Washington, nuestra foránea también se sustenta económicamente y resalta el genio creativo, la pluma realista y el compromiso informativo de una mujer estadounidense letrada que encuentra en la escritura y la firma pública la expresión concreta de la feminidad y los derechos individuales de opinión, pensamiento e imprenta, que constituyen la democratización del mundo de entonces.

La señora Ward se enrumba al Perú costeño y andino entre 1890 y 1891, introduciéndose en la geografía, la urbanidad, la ruralidad y la sociabilidad peruanas, buscando descubrir la singularidad de su gente; encontrando gratas sorpresas en la religiosidad, las costumbres, la guerra y ese *modus vivendi* propio de una cultura mestiza. Afirma nuestra testigo: «Como todos los hispanoamericanos, en general, los peruanos muestran una extraña mezcla de caballerosidad y crueldad, sentimentalismo y despiadada indiferencia. Son demasiado educados y ceremoniosos hasta el último detalle y de una exagerada etiqueta en todas las ocasiones, tanto en su casa como del mismo modo en cualquier otro lugar. Su voz es siempre suave y musical. Sus gestos vivaces y sus profundas reverencias la perfección de la gracia» (p. 27).

La identidad que registra la viajera explica el mestizaje peruano, observado desde Tumbes hasta Arica. Esa *síntesis viviente* que Víctor Andrés Belaúnde asocia a la peruanidad, que José Antonio del Busto reconoce en su *visión peruanista* racial y cultural, que José Agustín de la Puente llama *conciencia mestiza*, la señora Ward lo testimonia en la gente de la ciudad capitalina: «El profesor Orton afirma que hay al menos 25 mezclas de sangre en

Lima. Puede que sea así, lo cierto es que una colección de gentes más diversas sería difícil de encontrar. Hay ingleses, franceses, españoles, norteamericanos, belgas, chinos y negros, mulatos, blancos y amarillos con todas las tonalidades intermedias en el color de su piel, y asimismo una no necesita caminar media cuadra para oír hablar una docena de idiomas diferentes» (p. 25). En palabras del profesor chileno Pedro Morandé, esta cultura revela una síntesis barroca cuya identidad cultural organiza una *ecúmene* en la unidad y la pluralidad integradora desde un *ethos* y *fides* que entrelazan el destino común de los pueblos. La familia mestiza Kauffmann de Pacasmayo, los marinos negros en los puertos o los trabajadores negros y chinos de las islas guaneras chinchanas revelan ese crisol cultural. Una perspectiva de encuentro personal, familiar y social, ajena a la visión ilustrada o indigenista de nuestro tiempo.

Sin embargo, Ward también es una crítica cruda de la herencia hispana desde la Conquista y el desencuentro entre la cultura castellana y la cultura andina, pues califica a los conquistadores como «aventureros borrachos» que disfrutaban «ilícitas ganancias» (p. 81), «devastadores españoles» (p. 160), «inescrupulosos aventureros» (pp. 163-164), «secuaces» (p. 202), «desarrapados» (p. 311), entre otros términos peyorativos que, por su generalidad, pueden reflejar la *Leyenda Negra*. No es propósito de esta reseña discutir el esfuerzo regio y eclesiástico que el papado y la corona castellana y española realizaron para la naciente cristiandad del Nuevo Mundo mediante bulas y leyes sobre la evangelización y el derecho natural de los naturales, solo resaltamos el desencuentro que Fannie Ward parece exclamar entre líneas por la situación paupérrima o precaria de la sociedad republicano a causa de la generación virreinal contra del legado incaico.

Ajena a este afán lucrativo de la conquista, la cronista reserva conjeturas estéticas contra la catedral limeña y las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y La Merced, aunque elogia la belleza de San Pedro de la Compañía de Jesús, no sin antes admirar la santidad de Rosa de Lima. Por otro lado, cuando visita Arequipa encomia la fe obrada en el hospital de mujeres de San Juan de Dios y la casa de expósitos de las monjas de la congregación de la Misión o Hijas de la Caridad que cuidaban a 426 niños. Ward contrasta la religiosidad y la moralidad de la sociedad mistiana en sus varios hijos huérfanos o ilegítimos, que fue criticado por el obispo de Arequipa, José Chaves de la Rosa y documentado por Flora Tristán en sus *Peregrinaciones de una paria*, donde describe la falta de cuidado de los menores. Más allá de la disparidad, Ward encomia la civilización católica y caritativa de los arequipeños y enfrenta la modernidad europea individualista y egoísta de su tiempo: «Pero lo cierto es que el Perú católico está en una situación más avanzada respecto de los países protestantes al haber casi erradicado ese crimen por el que se elimina a los infantes antes de su nacimiento, y

todo gracias a que sus madres no casadas pueden entregar la prueba de su vergüenza sin cometer ningún asesinato ni suicidarse de desesperación» (p. 117).

Asimismo, destacamos que, en su paso por Lima, nuestra cronista se torna pacifista y adversa a la guerra injusta entre el pueblo chileno y el pueblo peruano, pues la marcha por la tierra y el mar peruanos hasta entrar a la capital redujo a cenizas los campos, los balnearios, las haciendas y las instituciones civiles y políticas que constituyen la forma de un pueblo civilizado. Narra, como testigo, la destrucción de Chorrillos y su ferrocarril a Lima, y de la urbanidad de Miraflores. Este desencuentro fue cruento, pues «Toda la noche estuvo Lima a merced de una banda desenfrenada de soldados armados que habían perdido todo respeto o restricción y estaban sedientos de sangre, tan desaprensivos como muchos cipayos» (p. 85). Ward se preocupa por la femineidad peruana durante el fuego y la pólvora de la Guerra del Pacífico en su triste descripción de las *rabonas* o las «mujeres soldados» que acompañaron a los patriotas castrenses en la defensa del territorio nacional. Las *rabonas* proceden del tiempo incaico cuando los incas guerreros fueron acompañados por sus esposas; sin embargo, en tiempos modernos de constrictión militar, su misión en la infantería es fatigada, porque deben conseguir alimentos y cocinarlos, fregar ropa y permanecer en el campo de batalla, entre otras utilidades, que continúa la ventura de los héroes de ese valle de lágrimas, especialmente en la crianza de hijos. Escribe Ward: «A menudo, realizan marchas de entre veinte y treinta millas desde el amanecer hasta la caída del sol, llevando a cuestas a sus bebés en la espalda. [...] Los niños en este regimiento tienen el peor de los destinos, al carecer de un hogar y de un apellido desde su nacimiento, y a menudo sin descanso, abrigo ni tan siquiera alimento; cuando uno de ellos muere, en plena marcha, la madre le quita las ropas y arroja el pobre cuerpecito al arenal o lo abandona debajo de algún árbol, contenta de quedar relevada de este estorbo» (p. 117).

Más allá de este triste acontecimiento, Ward busca espacios de encuentro con los lugareños mediante la comunicación. El diálogo de opiniones, afectos o impresiones fluye mucho con los ciudadanos estadounidenses e ingleses residentes en el Perú, por ejemplo, con Benjamín Kauffmann, hermano del dueño del periódico *Evening Star*, y su esposa limeña, que eran asistidos por una institutriz inglesa en un ambiente familiar caracterizado por el mestizaje de una de las hijas. Asimismo, rescata la presencia del Padre Tom o fray Francisco Tomás en Arequipa, cuyo nombre era Thomas Keegan, a quien llama «apuesto fraile [...] «orgulloso de ser americano», aunque su rostro es tan inconfundiblemente irlandés como su acento» y cuya conversión honra la intercesión mariana que lo salvó de una fiebre mortal. Así también, vemos a Ward deleitarse con los carnavales arequipeños que terminaban en la víspera de Miércoles Santo cuando grupos de varones perseguían a las mu-

jeros, invadiendo casas y terrazas. Según su descripción, «las calles permanecen llenas de gente gritando, haciendo volar huevos como bolas de nieve, baldes llenos de agua se arrojan al pavimento, cuernos que suenan y jinetes a caballos trotando arriba y abajo, todo el mundo aparentemente se han vuelto locos de remate» (p. 274). La reportera admira la algarabía y la energía juvenil como si se tratara de un festín al dios Baco, y no tardó en participar en los arrebatos cuando visitó el balcón de una familia estadounidense, mientras que los más fieros del carnaval, un grupo de 20 o más ingleses, deseaban sin éxito trepar los muros del hogar y llegar con ella y sus acompañantes. Ante esto, la cortesía de Ward vislumbra: «enviamos un mensaje certificado para admitir a todos estos empapados ciudadanos una vez que dieran su palabra de honor de dejar todo el juego de carnaval fuera» (p. 274).

A nuestra cronista le favorece conocer la cultura peruana, regional o local mediante sus interlocutores idiomáticos; es decir, siguiendo al profesor Arrizabalaga, podemos afirmar que el idioma es un elemento o herramienta de unidad cultural. Por ello, hallamos una periodista que busca el encuentro con los foráneos semejantes a ella en su ascendencia y cultura, conociéndolos y congregándolos a través del diálogo; sin embargo, le causa dificultad comprender a los mestizos, quechuas y aimaras por la limitación idiomática, a quienes describe en sus faenas y desconfianzas. En su visita a Puno, expresa que: «Estas gentes extremadamente humildes pueden mantener un secreto con la más absoluta fidelidad siendo absolutamente indiferentes a sobornos o a cualquier tipo de incentivos» (p. 187) cuando de ubicar minas de plata se trata, o «Un día yo estaba muy interesada en observar desde mi ventana un grupo de mujeres quechuas que estaban sentadas desde el amanecer hasta la noche en el piso helado de esa gran plaza desierta, con sus llamas amarradas detrás esperando por clientes [...]» (p. 188). Ward admira las polleras amarradas a la cintura, las chaquetas, las blusas blancas y las mangas fruncidas a las muñecas, holgadas y bien elegantes de las mujeres jóvenes y mayores de Puno, y se apresura a conocerlas, pero halla el desencuentro idiomático: «Salí a pasear para entrevistarlas, pero ¡caramba!; ellas no pueden hablar ni una sola palabra en inglés o en castellano y esta escritora no es muy versada en quechua, así que la conversación enmudecía. Pero aprendí de ellas una cosa: cómo es que los instintos femeninos son prácticamente iguales a todo lo ancho del mundo, cualquiera que sea el entorno» (pp. 188-189).

La articulista recuerda que el castellano que estudió en el colegio difiere del pronunciado por los locales, especialmente en el Callao. Ella expresa que: «Hasta la pronunciación verdadera de su nombre nos ha sorprendido porque desde la escuela se nos enseña a decir Cal-lay-o, pero debe pronunciar Col-yow, con el acento en la última sílaba» (p. 69). Fascina su impresión candorosa por el lago más alto del mundo: «¡Navegar en el Lago Titicaca! Es increíble cómo el nombre inmediatamente nos remite a los tiempos del

colegio y las lecciones de geografía y hay que confesar que, en aquellos años escolares, cuando situábamos estos nombres impronunciables en el mapa, para nuestra temprana imaginación, parecía un país que no existía en ninguna parte más que en el papel. Y no teníamos idea de que algún día íbamos a conocer en persona y con nuestros propios ojos esta realidad» (p. 171). En efecto, desea que el problema idiomático no sea un límite para sus lectores y redacta la etimología o las nociones del Titicaca, los andes, el chuño, el charqui, la manta, el soroche, entre otros, para su aprendizaje.

Ahora bien, cuando Ward describe la económica, el comercio y la ornamentación de la sociedad peruana, no podemos ignorar la presencia francesa en esta modelación o, mejor, el *afrancesamiento* de los peruanos. La cronista reconoce en sus paseos por Lima que los comercios, los productos de moda y el lujo eran mayoritariamente franceses, seguido por el ornato alemán, italiano, inglés y chino. Y es que el afrancesamiento del Perú toma impulso en las coronas de Carlos III y Carlos IV mediante las reformas de los planes de estudios de las universidades hispanas y de los seminarios y convictorios peruanos como San Carlos, San Jerónimo o San Antonio Abad, en Lima, Arequipa y Cusco, respectivamente, apoyados por los obispos y virreyes. Viejas tesis jansenistas, regalistas y galicanas sobre el *Antiguo Régimen* recorrieron los claustros académicos como caldo de cultivo para las guerras civiles de independencia y la formación de la nación y la República modernas. Con ello, el siglo XIX peruano es una dualidad entre la tradición católica y la modernidad política en el sur andino, observada también por los viajeros franceses Alcide d'Orbigny cuando sostiene en 1842 que «[...] debo decir que Arequipa está todavía bajo la influencia del clero, del cual hay muchos miembros que la representan en el congreso» (1842. *Viaje pintoresco a las dos Américas, Asia y África*. Tomo II, p. 7) o Eugène de Sartiges, quien en 1851 comparte su curiosidad sobre la sociedad mistiana que lee a Voltaire y a los escépticos del siglo XVIII, cuyos textos son de lectura incluso en Bolivia (1851. «Voyage dans les Républiques de l'Amérique du sud». *Revue des Deux Mondes*, 9(2), p. 366. Flora Tristán también lo atestigua en los 30: «La moda de París va tomando el cetro y no quedan sino algunas ricas y antiguas familias que se muestran rebeldes a su imperio: viejos árboles a los que la savia abandona y subsisten todavía, como los calabozos de la Inquisición, para indicar el punto del que se ha principiado (2006, *Peregrinaciones de una paria*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, p. 286). *Las costumbres de las clases altas no difieren en nada de las de Europa*». Y prontamente por el profesor John Wibel: «[...] la mayoría ahora miraba a París antes que a Lima o España para sus pautas culturales e intelectuales», pues la «cultura francesa dominó los gustos de la élite de Arequipa en todo, desde la filosofía hasta el baile» (1975, *The evolution of a regional community within spanish Empire and peruvian Nation: Arequipa, 1780-1845*. Tesis de doctorado. California: Stanford University, p. 378).

Este afrancesamiento se evidencia también en dos hechos. Primero, en lo social, por la proscripción de las viejas tradiciones hispanas tachadas como bárbaras: la pelea de gallos y de toros. Costumbres extrañas para una sociedad europeizada, que foráneos franceses desearon erradicar mediante la fuerza de la opinión pública desde diarios como *El Republicano*. Ward también recoge esta corriente abolicionista en Lima: «Hace muchos años se hizo un intento por suprimir las fiestas de toros completamente, además la prensa y mucha gente importante manifestó su oposición; pero igual la pasión reinante era todavía demasiado fuerte en las mentes de la población» (p. 96). Y segundo, en lo político, por las dos guerras civiles en Arequipa durante 1856 y 1867 que enfrentaron a limeños y arequipeños por la fidelidad a las constituciones políticas, acusadas de irreligiosas e impías contra el credo católico e impuestas por los regímenes de Ramón Castilla y Mariano Ignacio Prado, respectivamente. Ambos mandatarios encomiaron la ley laicista de Francia revolucionaria como lumbreira civilizadora del Perú para transformar la cultura mediante la Carta Fundamental y alentar la migración gala en mejora del arte y de la ciencia.

Observemos también que la crónica de Ward omite el protagonismo femenino en las guerras civiles arequipeñas. El espíritu cívico y ultramontano de las damas del Misti se encarnó en una joven poeta de 15 años, Felisa Moscoso, quien, junto a otras vecinas de la ciudad, quemó el tabladillo de juramentación para la Constitución Política, ubicada en la plaza de armas. Más aún, diferentes actas y protestas en 1855, escritas y firmadas por María Santos Gamio de Goyeneche, esposa del hermano del obispo de la ciudad; Teresa García de Barreda, esposa del rector de la universidad agustina; o Martina García de Gamio, madre del caudillo Domingo Gamio, revelan el talento sociopolítico y los vientos de guerra que agitarían la ciudad si se aprueba una Carta Magna que rechaza la República católica en el Perú. Quizás los horrores de la guerra civil e internacional, el terremoto de 1868 o la perplejidad de las enfermedades observadas hayan hecho incognoscible esta prédica valiente en las faldas del volcán. O quizás debemos asumir la advertencia que Arrizabalaga nos hace sobre las crónicas de Ward: es una mujer muy selectiva en la información que comparte. Una notable prevención cuando nos interrogamos si habrá conocido en Lima a la escritora cuzqueña Clorinda Matto de Turner como directora, entre 1889 y 1890, del periódico *El Perú Ilustrado*, de propiedad del norteamericano Peter Bacigalupi con quien la cronista se entrevistó. No hay letras sobre ello.

La obra que nos traduce nuestro amigo Carlos Arrizabalaga es una invitación a conocer el Perú de finales del s. XIX a través de los ojos de Fannie Ward: los gustos, emociones y virtudes personales en su observación de los puertos y sus jaladores y vendedores como los cerros, los volcanes, los caminos, el mar, el río y los lagos que sintetizan la belleza clásica de la naturaleza;

las razas o colores de la gente; las vestimentas, las comidas, los acentos y gustos superficiales de la gente en la costa y la sierra peruanas; sus curiosidades sobre la crianza de vacas en los altos de las casas limeñas o su horror al despellejamiento de animales vivos y la crueldad a los animales de carga; su descripción de las islas guaneras en su pasado incaico y su riqueza en el tiempo republicano; sus viajes a lomo de mula por el desierto y los valles; su desconcierto por los cortejos fúnebres, la inhumación o exhumación en el cementerio o el celo religioso de los arequipeños; su asombro en el templo del Qoricancha y la arquitectura incaica y occidental de las iglesias, los conventos y monasterios en el Cusco; y el hallazgo de momias en el desierto de Arica; revelan una mujer que encuentra la riqueza cultural peruana.

Finalmente, creo que el profesor Arrizabalaga nos comparte una obra importante para conocer el pasado peruano y avizorar su futuro desde una cultura integradora que revela nuestro mestizaje identitario en un franco proceso de secularización. Un texto que honra el arte de la filología y la traducción de nuestro editor, y deja en deuda a los historiadores, porque nuestra labor reside en el *in vestigium ire* o la búsqueda de documentos en los archivos y las bibliotecas, donde nuestro autor ha contribuido gratamente. Expresó el maestro e historiador arequipeño Eusebio Quiroz Paz Soldán que todo historiador siempre debe ir a las fuentes, que esta es su preceptiva de la *res gestae*, y la obra que reseñamos cumple con este fin intelectual e histórico.

Jose Luis Bellido Nina